

cisan esta posición intelectual. También en el «Fin de Siglo» se condensó la enemiga substancial contra Roma. El culto en aquel tiempo no fué para la «razón escrita», sino para la «intuición balbuceada»... He aquí un índice: Wagner, el nacionalismo en la música, la eslavofilia, la caracterización violentamente etnográfica en las artes, el nacionalismo teórico alemán; la pareja Ibsen-Bjorson (en calidad literaria difícilmente equiparable, pero de parentesco revelador en la relación «individualismo nacionalismo»); Stinner, las bombas de dinamita; el Greco, el pragmatismo; el «modernismo» religioso. Bergson, Bergson, que con Barrés, dibuja un *Geminis* en el zodiaco de la cultura francesa...

¡Cuán lejos ya todo esto! Mucho más lejos si guerra y tras guerra no nos hubiesen vuelto a traer alguno de estos sabores a la boca. El de Barrés era un sabor complicado. Pero no íntimamente contradictorio, en suma. Individualismo y nacionalismo—azul y rosa—, dos en uno, un tornasol de sabor.

También el «Fin de Siglo» fué una época muy dada a los tornasoles. Las señoras se vestían entonces con telas así. Los libros se encuadernaban con telas así. Muchos espíritus eran así, tornasolados.

BARRES Y EL ORIENTE

HEMOS hablado de eslavofilia. ¿Hay en la sangre lorenese gotas eslavas? Reyes de Polonia fueron duques de Lorena. Raimundo Poincaré, de una antigua familia de Nancy, se parece a Lenin en los rasgos de la cara; y quién sabe si en los rasgos del misticismo se parece también.

Alguna vez he contado cómo un día, en los funerales del poeta Moreas, Barrés hubo de encontrarse a mi vista junto a un grupo de estudiantes polacos. Así, de lado, icómo se les asemejaba! El color cetrino, la picuda nariz, los ojos ardorosos, un poco oblicuos, un poco embuchados; el bigote lacio, achinado—después lo recortó; pero también hoy se lo recortan los chinos—; el negro pelo aceitoso, el mechón caído sobre la frente corta.

En otra ocasión, mucho antes, había podido ver juntos, en una casa amiga, a Barrés con el mismo Moreas. Conversaban—eran muy amigos—, y esto parecía una conversación en el Museo; es decir, en la Universidad dedicada a las Musas, en Alejandría. Dos maes-

tros se habían encontrado en un corredor. El uno venía de la Atica, pero el otro venía de la Siria.

Cuando Barrés estuvo en la Atica, le repugnó. Le prefirió la ruda Lacedemonia. ¡Sirio todavía hombre de Oriente! Lacedemonia, las disciplinas; es decir, los azotes...

CALIDAD DE BARRES

No importa. Queda la tangencia

en la sensibilidad. Queda la calidad, sobre todo.

Hay almas que recuerdan, por su carácter privilegiado de excepción, esas ediciones en papel especial, con que se regalan los bibliófilos.

Cada época edita una tirada limitadísima de ejemplares, impresos en papel Japón, con numeración correlativa y firma y rúbrica del Espiritu.

EUGENIO D'ORS.

(A. B. C., Madrid)

La guerra en Méjico

UNA nueva guerra civil en México era sin duda el acontecimiento inesperado y es la mayor desgracia que podía ocurrir al pueblo mejicano. El país se preparaba para la campaña electoral de 1924, no para la guerra; y nadie pudo haber imaginado siquiera que de una lucha cívica apenas iniciada pudiera de improviso salir la catástrofe de la guerra civil. Es verdad que la contienda se había señalado al nacer por la violencia de las pasiones rivales, ciegas y furiosas como sopladadas por un espíritu infernal; y que en la ciudad de Méjico especialmente la situación había llegado pronto a ser de perturbación, de agitación, de zozobra y de alarma. Se había derramado ya sangre en el Congreso y en las calles. Las cámaras legislativas parecían haberse convertido en el centro de la tormenta. Actos salvajes de agresión habían deshonrado la cultura de los contendores. Acusaciones de uno y otro bando llenaban los aires, recriminaciones, protestas, denuncias de atentados y de planes siniestros, amenazas de muerte. Pero en esta confusión, ardiente y ruidosa como era, escandalosa, injustificada y lamentable, triste producto de la exaltación, la vehemencia, la intemperancia, la irracionalidad de las pasiones, nadie podía haber percibido el presagio de un supremo desastre nacional como es la guerra intestina. Había por una parte en los espíritus imparciales y distantes la repugnancia a admitir la posibilidad de una apelación a la decisión de la fuerza por un pueblo que apenas convalecía de los terribles males y estragos de diez años de guerra doméstica y cuya seguridad nacional está en peligro desde el momento mismo en que la paz se rompe; y por otra la disposición a confiar en la cordura, el sentimiento de responsabilidad y el patriotismo de los hombres que han tenido en sus manos los destinos de Méjico desde 1920 y los habían conducido hasta ahora con inteligencia,

con tacto, con acierto, con dignidad, con un espíritu de libertad y de reconstrucción sólida y permanente jamás conocido en el Gobierno de Méjico.

Se ha visto empero que estábamos equivocados, y que contra todas las indicaciones de la lógica y de la razón natural de las cosas, la realidad latente de la situación era desde el principio la guerra. Esto es espantoso, pero es el hecho; y debemos confrontarlo con todo su horror y su desolación.

El señor de la Huerta, candidato a la Presidencia de la República, partió de la ciudad de Méjico para Veracruz la noche del 4 de diciembre, tranquilamente, públicamente, en un viaje de propaganda eleccionaria al parecer. Los periódicos dieron cuenta de su salida. Dos días después la revolución era proclamada en aquel puerto atlántico, encabezada por él y sostenida por el General Guadalupe Sánchez, Jefe de las fuerzas federales acantonadas en aquel punto. Algunos Estados se han adherido a este alzamiento y ya se ha derramado sangre en abundancia en Jalapa y otros lugares. Los revolucionarios acusan al Gobierno Federal de parcialidad en favor de la candidatura del General Calles, y su grito es contra lo que llaman la imposición. El General Calles ha renunciado su candidatura y ha sido nombrado jefe de las fuerzas expedicionarias contra las fuerzas de la revolución. La campaña electoral se ha convertido así súbitamente en una campaña militar, la lucha cívica en una lucha sangrienta, los medios modernos y civilizados para la sucesión del poder en los medios antiguos y bárbaros, los partidos

Dr. Alejandro Montero S.
MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.
Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899